

**V Jornadas de Investigadorxs en Formación**  
**Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES)**  
**Ciudad de Buenos Aires, 7, 8 y 9 de octubre de 2020**

EJE 4. Fuentes escritas para el estudio de pueblos indígenas

**Ulrico Schmidl: un estudio sobre la edición de Samuel Lafone Quevedo**

Valentín Héctor Vergara<sup>1</sup>

**Resumen**

El presente trabajo tiene por objetivo indagar en un caso de fuente sobre las comunidades americanas del Río de la Plata: la traducción realizada por Samuel Lafone Quevedo del texto que Ulrico Schmidl escribiera en alemán sobre su experiencia en suelo americano, conocido como *Viaje al Río de la Plata*, publicada en 1903 por la editorial Cabaut. La primera aparición de la crónica del soldado alemán en suelo argentino se concreta en el tomo tercero del célebre trabajo de Pedro de Angelis, la *Colección de Obras y Documentos relativos a la Historia Antigua y Moderna de las Provincias del Río de la Plata* (1836). Desde entonces, el relato de Schmidl ha sido considerado como un testimonio confiable en cuanto a los datos historiográficos, geográficos y etnográficos aportados, debido tanto al hecho de haber sido un testigo presencial de los acontecimientos políticos de la región, como también a su exploración por el territorio rioplatense durante casi dos décadas. Sin embargo, en el transcurso de la segunda mitad del siglo XIX, con el rescate y la posterior publicación de nuevos testimonios del siglo XVI, la autoridad que en un principio revestía la crónica de Schmidl fue puesta en duda, lo que generó fuertes polémicas entre historiadores e intelectuales tanto en territorio argentino como paraguayo. Este trabajo se abocará a analizar la primera edición al español del siglo XX, y la primera también en

---

<sup>1</sup> Doctorando en Literatura (Universidad de Buenos Aires). Email: [valentinhvergara@gmail.com](mailto:valentinhvergara@gmail.com)

producirse en América. Abordaremos, en principio, el contexto de producción del trabajo de Lafone Quevedo, la historia de los manuscritos y las ediciones anteriores de la crónica de Schmidl, la historia textual del prólogo que principia la traducción de Lafone Quevedo escrito por Bartolomé Mitre, así como también las divergencias que presenta esta traducción con la realizada por Edmundo Wernicke en 1938, considerada en la actualidad como la versión más fiel al texto original.

**Palabras clave:** Ulrico Schmidl – Literatura colonial – Samuel Lafone Quevedo – Río de la Plata

## **Introducción**

En 1903, la Junta de Historia y Numismática Americana publica la primera traducción realizada en Argentina de la crónica de Ulrico Schmidl, soldado alemán que arribó a las costas americanas proveniente de Europa junto con Pedro de Mendoza en la primera mitad del siglo XVI. El trabajo de traducción del texto en alemán fue llevado a cabo por Samuel Lafone Quevedo, quien había desarrollado un amplio trabajo lingüístico y etnográfico sobre distintos pueblos originarios del sur del continente<sup>2</sup>. Lafone Quevedo basó su traducción de 1903 en la edición alemana de 1889, publicada por Valentín Langmantel en la colección de la Asociación Literaria de Stuttgart. Este trabajo consistía en la primera edición fundamentada directamente en el manuscrito de Múnich –primer escrito a mano encontrado de la obra de Schmidl–, y no en una copia impresa. Esto marca una diferencia entre la traducción de Lafone Quevedo y las que anteriormente se habían hecho al español, basadas en la de Andrés González de Barcia, primer traductor de Schmidl a este idioma. Barcia publica su trabajo en 1749, en su *Historiadores primitivos de las indias occidentales*, y apoyó su traducción en la edición latina elaborada por Levinus Hulsius en 1599<sup>3</sup>. Lafone Quevedo (1903) se jacta, en el epílogo de su traducción, de que “hoy Buenos Aires poseerá el Schmídel de las ediciones y MSS. originales y no el Schmídel de las glosas y traducciones” (p. 300). Sin embargo, en 1893, tan solo cuatro años después del trabajo de Langmantel, Johannes Mondschein, director del Liceo de

---

<sup>2</sup> Lafone Quevedo había presentado estudios acerca de lenguas nativas como el mocoví, el lule, el vilela, el canana, el mbyayá, entre otras (Farro, 2013, p. 527). También había contribuido especialmente en el estudio de pueblos indígenas del noreste argentino, tal como demuestra en su obra *Londres y Catamarca* (1888).

<sup>3</sup> Langmantel (1993) era consciente de que el manuscrito de Múnich no era el auténtico, hecho que, según este editor, “se deduce de las numerosas omisiones y de la irreflexiva desfiguración de muchos nombres propios” (p. LXIII).

Straubing –ciudad natal de Schmidl–, publica una edición basada en el manuscrito original, escrito de puño y letra por el soldado bávaro. Este documento fue encontrado en la Real Biblioteca Pública de Stuttgart, en la sección de manuscritos históricos, adoptando de esta manera, para la crítica especializada, el nombre de esta ciudad: el manuscrito de Stuttgart. Para argumentar acerca de la autenticidad del mismo, Mondschein (1993b) menciona que en la primera página aparece una anotación marginal realizada por el mismo Schmidl, en la que informa sobre la muerte de su hermano Thomas y, además, figuran las fechas en que la obra habría sido escrita (p. LXXVII). Aunque Mondschein ejecuta una férrea defensa del trabajo realizado por Langmantel, no puede pasar por alto que el manuscrito original corrige varios pasajes del encontrado en Múnich. De esta forma, Mondschein sostiene que su edición es superior a cualquiera que se haya publicado con anterioridad, porque reproduce las palabras del manuscrito original (p. LXXVIII). En consecuencia, podríamos sugerir que la traducción realizada por Lafone Quevedo en 1903, al utilizar una edición basada en el manuscrito de Múnich, tendería a reproducir los errores que aparecen en su texto fuente. Quien emprenderá la traducción al español del manuscrito de Stuttgart será Edmundo Wernicke en 1938. Además, Wernicke aportará, como se mencionará más adelante, nuevas pruebas para sostener que este manuscrito fue escrito por el mismo Schmidl. Entonces, cabe hacerse la pregunta sobre la importancia que tuvo en su momento la traducción de Lafone Quevedo, y qué aportes suyos resultaron relevantes para el conocimiento que tenemos actualmente sobre el autor bávaro. El presente trabajo tendrá como objetivo comparar las contribuciones de la edición de Lafone Quevedo con las publicaciones disponibles en español a principios del siglo XX, y develar también cuál fue su importancia para la concreción de la traducción de Wernicke.

### **Schmidl: manuscritos y ediciones**

La única obra conocida de Schmidl es el relato de su experiencia en territorio americano. Allí narra su recorrido durante veinte años por esta tierra, desde el Río de la Plata hasta su estadía en Asunción, como también el contacto con indios del Brasil cuando ejecutaba su regreso a Europa, motivado por el pedido de su hermano para que volviera. En su travesía, Schmidl habría tomado apuntes sobre los pueblos que contactaba y también sobre el territorio que recorría<sup>4</sup>. Una vez en Europa, el soldado alemán habría compuesto el texto para llevarlo a la

---

<sup>4</sup>Mondschein (1993a) señala que “es dable suponer que Schmidel hiciera apuntes que contenían –a guisa de anales– los más importantes datos sobre fechas, fuerza y desarrollo de las distintas empresas y las demás observaciones que le resultaron interesantes” (p. XLIV).

imprensa. Conocemos actualmente en español su escrito con el nombre de *Derrotero y viaje a España y las Indias*, o también como *Vera Historia* o *Viaje al Río de la Plata*, según sus diferentes ediciones. El relato de Schmidl, en su alemán de origen, apareció por primera vez como parte de una recopilación de relatos de viaje en dos tomos, realizada en 1567 por Sigmund Feyerabend en Frankfurt. En 1597, Theodor De Bry publicó el texto en su colección *Americae*, en el tomo VII. A esta edición le siguieron, en 1599, los ejemplares en alemán y latín de Hulsius. Entre 1567 y 1625, el testimonio del soldado alemán fue publicado unas ocho veces y, como señala Loreley El Jaber (2013), “la mayoría de ellas de la mano de estos dos últimos editores, quienes no solo publican la crónica, sino que también la traducen al latín, ofrecen distintas versiones del texto e incluso la ilustran” (p. 136). Hulsius fue quien agregó el retrato del autor junto con trece imágenes que se verán repetidas a lo largo de la historia de la publicación de esta crónica. Según Mondschein (1993a), la edición de Hulsius “es la mejor y más hermosa de todas” (p. L). Esta opinión fue compartida por varios críticos de fines del siglo XIX; entre ellos, Bartolomé Mitre. A partir de entonces, la obra de Schmidl fue traducida al francés, inglés, holandés y español.

La primera edición en español de Schmidl fue publicada en Madrid, en el tercer tomo de *Historiadores primitivos de las Indias Occidentales* (1749), escrito por Andrés González de Barcia. Esta traducción, basada en la versión latina de Hulsius de 1599, aparece en Argentina en la *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata* (1836), célebre obra de Pedro de Angelis. Ese trabajo descomunal de De Angelis fue definido por Rómulo Carbia (1940) como la “aparición en nuestro medio de un fenómeno que transformó la naturaleza de los conocimientos históricos e introdujo innovaciones capitales” (p. 75). A tono con la tendencia historiográfica europea, De Angelis se encarga de divulgar una serie de documentos coloniales inéditos hasta entonces. Para el momento en que De Angelis publica su *Colección*, había un desconocimiento importante de textos originales del siglo XVI que hablaran sobre el Río de la Plata y Paraguay. También, en aquel entonces, los datos que existían sobre Schmidl eran prácticamente nulos. Solo se sabía de su biografía la información que él mismo había escrito en su crónica de viaje. Por ello, dado que no había material para contrastar las palabras del soldado bávaro, De Angelis (1970) afirma que “de todas las obras que tratan de la conquista del Río de la Plata, la de Schmidel es la más rara, y casi puede tenerse por irreperible” (p. 257).

En su *Colección*, De Angelis retoma la traducción de Barcia, aunque modifica ciertos puntos del texto: corrige nombres de pueblos originarios, de protagonistas europeos e indígenas, y

asegura que “hubiésemos multiplicado estas correcciones si no nos hubiese detenido el temor de enredar más el texto de un escritor (p. 257). A su vez, De Angelis copia textualmente la mayor parte de las notas que aparecen en Barcia y actualiza grafemas en desuso. Su intervención en el texto es escasa y, por lo general, cuando le resulta ilegible o inexacto el material de Barcia, prefiere cambiar ciertos nombres por la forma en que aparecen en la *Historia Argentina del descubrimiento, población y conquista de las provincias del Río de la Plata*, de Ruy Díaz de Guzmán, publicada en el primer tomo de su *Colección*. Lo cierto es que, en más de una oportunidad, De Angelis yerra en las modificaciones que realiza, alejando aún más las referencias aportadas por la edición de Barcia; y también hace conjeturas erróneas sobre posibles nombres y ubicaciones geográficas. Así, por ejemplo, cuando se nombra a los cuatro integrantes de la comitiva de Domingo Martínez de Irala que marcharon hacia el Perú para entrevistarse con el gobernador Pedro De la Gasca, en la edición de Barcia figuran “Nuflo de Chaves, Ungando, Miguel Ruedo, i Abaie de Rothua” (p. 25). De Angelis conserva el nombre del primero, actualiza el nombre de Miguel Ruedo por Miguel de Rutia, y el de Abaie de Rothua por Rui García; pero prefiere los datos aportados por Ruy Díaz de Guzmán en el caso de Ungando, y, sin explicación, modifica su nombre por el de Agustín de Campos. Esta modificación será descartada en las traducciones posteriores: Lafone Quevedo y Wernicke entenderán que Schmidl se refería a Pedro de Oñate. A su vez, De Angelis transforma en más de una oportunidad otros nombres de pueblos indígenas por el de los xarayes, sin ninguna justificación textual. Por ejemplo, en Barcia (1749), en el capítulo XIX, al hablar sobre el territorio de los indios agaces, se dice que estos vivían cerca de “la ciudad de *Fuechkamyn*” (p. 7), y, en una nota al margen, el mismo Barcia aclara que no es fácil saber a qué lugar se refiere Schmidl, porque evidentemente habría un error en la edición de Hulsuis (p. 7). De Angelis entiende, sin justificar su modificación, que Schmidl señalaba la cercanía de los agaces con los xarayes. Lafone Quevedo resolverá en su traducción que se refería a la ciudad de Tucumán, como más adelante se verá. De Angelis también cambia el nombre del pueblo carcariso por el de los xarayes, y tanto Lafone Quevedo como Wernicke entienden que, en verdad, Schmidl se refería a los carcarás. Por lo tanto, si bien las intervenciones de De Angelis no siempre son infructuosas<sup>5</sup>, también es responsable, con sus intromisiones, de errores textuales en los casos en que no conoce nombres de regiones o etnias; por lo que nos presenta

---

<sup>5</sup> Debe reconocerse que De Angelis también acierta modificando ciertos nombres propios que aparecen erróneamente en la edición de Barcia. A modo de ejemplo, cambia la denominación del territorio de Lambaré (Lampere, en Barcia), y actualiza debidamente el nombre de los guajarapos, que en Barcia figuraban como bascherepos. Estas modificaciones serán respaldadas por Lafone Quevedo y Wernicke.

una edición distorsionada de la experiencia de Schmidl. Por lo tanto, la edición de De Angelis, por un lado, acarrea las omisiones y erratas que de por sí están presentes en la edición de Hulsius; y, por otro, conjuga aciertos y errores a la hora de modificar nombres propios.

La segunda edición argentina de la obra de Schmidl aparece en 1881, editada y prologada por Mariano Pelliza. Esta publicación no merece un análisis mayor para este trabajo, debido a que es una reproducción exacta de la versión de De Angelis, incluyendo todas las notas que este agregó y también las que había copiado de Barcia, sin agregar ninguna referencia nueva al texto. La única diferencia que presenta su publicación es el prólogo, escrito por el mismo Pelliza, y el apéndice documental que cierra la edición. Por lo tanto, puede concluirse que tanto De Angelis como Pelliza reprodujeron un texto cercano a la traducción española, derivada de la latina de Hulsius, sin tener acceso a ningún manuscrito; pues en esa época no se había encontrado ninguno aún. Por lo tanto, hasta principios del siglo XX, la traducción al español de Schmidl se basaba en ediciones impresas que no reproducían certeramente el texto original del autor.

### **La traducción de Lafone Quevedo**

En una carta a Bartolomé Mitre de 1896, Lafone Quevedo, en ese entonces encargado honorario de la sección “Arqueología y Lenguas Americanas” del Museo de La Plata<sup>6</sup>, le informa sobre sus descubrimientos etnológicos y lingüísticos relacionados con los querandíes, y afirma que “ya se hace necesario una nueva traducción del Schmidel, el libro de los libros para nosotros” (Furlong, 1964, p. 88). Siete años después, en 1903, lograría finalizar este trabajo. En el prólogo que él escribe, Lafone Quevedo (1903) reafirma la misma convicción que sostuvo en su carta: “se imponía la necesidad de una edición castellana que, a la vez de ser fiel reproducción del nuevo MS. publicado en 1889, salvase en el comentario y notas los errores que indudablemente afean el texto” (p. 133). Es importante señalar que su traducción está precedida por dos prólogos: el primero fue escrito por Bartolomé Mitre y el segundo, por el mismo traductor. En verdad, Mitre no hace un ensayo *ad hoc* para esta publicación, sino que reproduce un trabajo propio realizado doce años antes para el primer número de los *Anales del Museo de La Plata* (1891). El mismo año en que la Hakluyt Society edita la obra de

---

<sup>6</sup> Como señala Ferro (2013), este reconocimiento se lo habría dado el director del museo, Francisco “Perito” Moreno, en agradecimiento por su ayuda a la institución “mediante el envío de colecciones de objetos arqueológicos y de cráneos que había hallado en el transcurso de sus numerosas excursiones por el interior de la provincia de Catamarca” (p. 534).

Schmidl en inglés, el Museo de La Plata saca a la luz sus primeras producciones, luego de su inauguración en 1888. Encabezado por Francisco “Perito” Moreno, director de la institución, el objetivo propuesto para el establecimiento era abarcar “todos los temas de investigación relacionados con este continente, desde los que se refieran á la construcción de su suelo hasta los que estudien la vida política, económica, social de los pueblos que lo habitan” (Moreno, 1891, p. X). La meta que su director se proponía era “ser un centro seguro donde se conserve todo lo que se relacione con la Historia Física y Moral del Continente Sud-americano” (p X). En el primer tomo de sus *Anales*, publicado en 1891, aparece, en la sección “Historia Americana”, el ensayo de Bartolomé Mitre sobre Schmidl que encabezará la traducción de Lafone Quevedo de 1903. En él, Mitre realiza una investigación exhaustiva de las distintas ediciones antiguas y los análisis que por aquel entonces circulaban de la obra Schmidl, y comenta las afirmaciones de Karl H. Burmeister, Henri Ternaux-Compans y Félix de Azara, entre otros. También reproduce información biográfica de Schmidl que Mondschein había publicado en 1881 en el *Beilage zum Jahresberichte* de la Realschule de Straubing<sup>7</sup>.

En el escrito de Mitre aparece un elemento que será de gran importancia para que, en 1938, Wernicke corrobore la originalidad del manuscrito de Stuttgart. Mitre (1903) publica la firma de Schmidl, plasmada sobre un documento asunceño de 1549 encontrado en el archivo personal de Andrés Lamas (p. 19). Wernicke (1938) dirá que, al compararla con la letra del manuscrito de Stuttgart, “sus rasgos concuerdan con los del mismo apellido escrito en el proemio y luego en la tapa del libro” (p. 19). Por lo tanto, el prólogo de Mitre es un documento valioso para su época como compendio de todo lo que se sabía hasta entonces de Schmidl, y la aparición de su autógrafo sirvió como un indicio más para confirmar la autenticidad del manuscrito de Stuttgart. Sin embargo, cabe recordar que este ensayo fue escrito antes de que se publicara tanto la edición de Langmantel –utilizada por Lafone Quevedo como texto fuente principal– como también el manuscrito original por parte de Mondschein; e incluso es anterior

---

<sup>7</sup> Mondschein (1993a) revela datos biográficos inéditos sobre el soldado bávaro, tomados de documentos oficiales de Straubing: señala que murió soltero, que no hay registro de su año de nacimiento ni defunción, ni nada de su juventud, aunque supone que recibió “una educación prolija y asistido a un colegio latino” (p. XVI). Esta última hipótesis se basa en que en el capítulo XXVII del texto, siguiendo la partición de la edición de Hulsius, Schmidl utiliza el latinismo “*causa efficiens*”; y, en el XXXIX, realiza una comparación entre Cabeza de Vaca y Traso, protagonista de una comedia de Terencio. En ambos casos, Wernicke (1938), años después, demostrará que fueron agregados por editores, y no un aporte original de Schmidl (p. 16); por lo que esta especulación acerca de su educación quedará sin sustento. Este tipo de intromisiones cultas por parte de editores era un rasgo típico de la tradición humanista de mediados del siglo XVI.

a la *Historia del puerto de Buenos Aires* (1892), de Eduardo Madero, y a la polémica entre Manuel Domínguez y Lafone Quevedo, que más adelante comentaremos. Por lo tanto, al margen de la valiosa información aportada, también presenta consideraciones erróneas al desconocer el manuscrito original y basar sus comentarios en ediciones desdibujadas por errores y omisiones, y queda al margen de las discusiones que se habían generado en los últimos doce años. Este artículo de Mitre fue publicado como prólogo de la traducción de Lafone Quevedo sin ninguna modificación; y presenta información desactualizada para los primeros años del siglo XX<sup>8</sup>.

El segundo prólogo de la obra fue escrito por su traductor, Lafone Quevedo. Como dice Alberto Furlong (1964), “el prólogo que escribió el doctor Lafone para esta edición, es uno de los más notables estudios de crítica histórica o textual, realizado entre nosotros” (p. 122). Allí, según el crítico, “volcó Lafone toda su erudición y saber acerca de los diversos puntos del Diario de Schmidl” (p. 122). El prólogo consta de diecinueve apartados en los que analiza puntos conflictivos del texto –como la cronología, los españolismos de Schmidl, la ubicación del Corpus Christi y demás tópicos que habían generado diferentes controversias–. Es necesario destacar que, desde la segunda mitad del siglo XIX, la obra de Schmidl comenzó a ser criticada por editores y comentaristas, como Luis Domínguez, Eduardo Madero y Manuel Domínguez, entre otros. En especial, se pusieron en duda los datos cronológicos y topográficos aportados por el soldado alemán, como también la información etnográfica que develaba. La confrontación con otros documentos de la época generó discrepancias acerca de su valor como testimonio verídico de los primeros años de la conquista del Río de la Plata. Por ejemplo, en el número 27 de la *Revista del Instituto Paraguayo*, publicado en 1900, Manuel Domínguez (1900) lanza un virulento artículo donde sostiene que la información vertida en el relato de Schmidl es de poca fiabilidad, “por la escasísima capacidad del autor, por la edad en que compuso o hizo componer su libro, [...] por tratar de acontecimientos que hacía tantos años sucedieron, sin servirse de apuntes según las mayores posibilidades” (p. 6). Al año siguiente, en 1901, Lafone Quevedo publica un artículo en la misma revista, contestando a los ataques contra el soldado que reproducía el escrito de Manuel Domínguez, y reivindicando el valor informativo del texto de Schmidl. Por otro lado, en el prólogo escrito

---

<sup>8</sup> El único fragmento que fue suprimido de la edición de 1903 es una nota al pie firmada por Francisco “Perito” Moreno (1891), director del Museo, donde aclara que “este museo ha tomado medidas para obtener copia fotográfica del manuscrito de Munich. El señor general Mitre emprenderá el trabajo á que se refiere en su último párrafo y honrará esta publicación con ese nuevo estudio sobre la obra de Schmidl” (p. 17).



por él para su edición, Lafone Quevedo (1903) asegura que “razón tenía el doctor Manuel Domínguez cuando fustigaba al pobre Ulrico Schmidl, y su dura crítica ha producido su efecto, porque en la nueva traducción se deja ver que muchos de los defectos no eran del autor (p. 133). De esta forma, Lafone Quevedo señala que un correcto cotejo de los manuscritos e impresiones existentes de la obra de Schmidl lo salva de las acusaciones acerca de su falta de rigor como cronista.

Lafone Quevedo (1903) expresa que Schmidl ha sido malinterpretado y que tuvo la desgracia de “servir como original de muchos errores que se han hecho clásicos [...]. Los errores propios de él, aumentados por los que resultaban de las glosas latinas y las traducciones de éstas, han formado escuela” (p. XIII). Lafone Quevedo critica también la edición inglesa –llevada adelante por Luis Domínguez–, en la que no se corrigió ninguna de las imprecisiones presentes en su texto base; y también señala que la edición de Langmantel, utilizada por el mismo Lafone Quevedo para hacer su traducción, reproduce errores de nombres de conquistadores españoles que pudieron haberse depurado con un correcto uso del archivo disponible en la época. El traductor realiza un enorme trabajo comparativo para enmendar los errores existentes en la edición de Langmantel. Para ello, utilizó principalmente la “Carta” de Villalta, los *Comentarios* de Pero Hernández, la “Carta” de Irala al rey Carlos V y las *Décadas* de Herrera –quien, según Lafone Quevedo (1903), “compulsó la mejor documentación de su tiempo” (p. 52)–, entre otros. También destaca la labor de Schmidl como etnógrafo, y por primera vez se nombra esta característica del primer cronista. Debe tenerse en cuenta que la discusión sobre el valor de los datos aportados por Schmidl estaba viva, y esta edición servía también para reivindicar su obra. Para ello, Lafone Quevedo no solo utiliza fuentes de la época colonial, sino que incorpora estudios contemporáneos, y reivindica el trabajo de antropólogos e investigadores con contacto directo con los indios, como Guido Boggiani: “si queremos darnos exacta cuenta de lo que eran los *zamucos* o *chamacocos*, los *tumaná* o *tumanahá* y los *morotocos* o *moro*, debemos estudiar lo que de ellos ha escrito el explorador Guido Boggiani, quien ha estado en contacto con ellos” (Lafone Quevedo, 1903, p. 76). El uso de material etnográfico sobre los pueblos indígenas será vital para poder enmendar palabras o expresiones que ningún editor o traductor anterior había podido resolver con claridad.

En su prólogo, Lafone Quevedo intenta explicar uno de los errores que más se ha utilizado para deslegitimar el valor histórico del testimonio de Schmidl: haber afirmado que la primera fundación de Buenos Aires había ocurrido en 1535 –y no en 1536, como demuestra Eduardo Madero en su *Historia del puerto de Buenos Aires* (1892), quien asegura sobre Schmidl que

“las fechas de sus crónicas están indudablemente equivocadas de un año” (p.116)–. En defensa del soldado alemán, Lafone Quevedo (1903) señala que “en otros tiempos y en otros países se computaba el año de distinta manera. De esto resulta que Schmídel en su relación arranca su cronología con atraso de un año” (p. 40). Considerando su procedencia bávara, Lafone Quevedo plantea que Schmidl no se equivoca en las fechas, sino que, desde su perspectiva, el año comenzaba meses después que el calendario utilizado por la corona española. Lafone Quevedo aprovecha el espacio de su prólogo y carga las tintas contra Eduardo Madero, pues él no podía contar con “las informaciones a que se refiere [...], y que no publicó este señor” (p. 90). Hay, evidentemente, en el texto de Lafone Quevedo, una crítica a Madero por su reticencia a publicar documentos –inéditos por entonces– que le habían servido para realizar su *Historia del puerto de Buenos Aires*. A su vez, Lafone Quevedo intenta defender la información sobre distancias entre los puntos geográficos marcados por Schmidl. En principio, aclara que las “millas de camino” a las que el soldado se refiere, representarían unas tres millas absolutas, y con ese cálculo se ajustarían las diferencias con los demás documentos (p. 43). Finalmente, agrega que “el explorador Boggiani, gran conocedor de muchos de los lugares citados por Schmídel, insiste en que las distancias citadas por nuestro autor son bastante exactas” (p. 44). Así, Lafone Quevedo disipa las reticencias sobre los datos cronológicos y topográficos presentados por Schmidl.

En el apartado XI de su prólogo, Lafone Quevedo expone que, si bien los datos etnográficos son abundantes en la obra de Schmidl, restaría saber si estos tienen algún tipo de valor científico. Para llevar a cabo este análisis, subraya que, si se quiere cumplir con las características de un buen etnólogo del siglo XVI, se deben respetar seis condiciones: conocer a los indios que se describen, consignar sus rasgos físicos, describir sus usos y costumbres, fijarse en la lengua o el idioma, precisar la distribución geográfica, y dar los nombres con que los conocían propios y extraños (p. 57). A continuación, Lafone Quevedo expone todas las etnias descritas por Schmidl a lo largo de su obra. En este punto es donde resalta con mayor claridad el conocimiento del traductor sobre los pueblos indígenas. De especial interés es la información que aporta el traductor sobre los chaná-timbú: en la edición de Barcia, cuando se describen los pueblos que invadieron el primer asentamiento de Buenos Aires, organizado por Pedro de Mendoza, se nombra a los carendies (querandí), los barenis (guaraní), los zechuruas (charrúa) y los zechaneís diimbus (chaná-timbú). De Angelis enmienda el nombre de querandíes y charrúas, pero –posiblemente por no saber a qué etnia pertenecían– deja tal y como aparece en Hulsius a los barenis, y entiende que los zechaneís timbú solo eran los timbú.

En su prólogo, Lafone Quevedo explica que “el nombre solo de *timbú* es general de todo indio que horadaba las narices, de suerte que los hallamos hasta en los confines de Bolivia, sin que por esto sean de la misma generación o raza de estos *zechenais*” (p. 59). Por lo tanto, Lafone Quevedo demuestra que la denominación es demasiado abarcativa, y se hace imposible precisar a qué etnia se refiere Schmidl. Sin embargo, afirma que “sabemos por otros conductos que en el Río de la Plata había ciertos indios a que los guaraní llamaban chaná, [...] que se decían *chaná-timbú* y vivían desde cerca de Buenos Aires hasta las inmediaciones de Santa Fe (la de Cayastá)” (p. 59). Así resuelve una de las incertidumbres que ningún otro editor de la obra de Schmidl pudo remediar, y nos devela el verdadero nombre de la etnia referida por el soldado alemán.

Luego, en el capítulo XVII, Schmidl relata su encuentro con los indios quiloazas, quienes vivían en la orilla de una laguna. Barcia los nombra como *galgaisi*, y esta denominación toma también De Angelis (1970), quien, en una nota al pie, señala que “ninguna nación de este nombre existía en los parajes que describe el autor en el presente artículo” (p. 278). Sin embargo, De Angelis desliza la posibilidad de que la laguna descrita se refiera a la Iberá, y que los indios sean los caracarás (p. 278). Lafone Quevedo (1903), al notar que este pueblo tenía las mismas costumbres e idioma que *timbús* y *corondas*, afirma que estos tres poseen una procedencia común; por lo que resuelve, a partir de la nomenclatura de la edición alemana, que “el nombre *gulgeissen*, el ser laguneros, la distancia que media entre ellos y los *corondas*, todo hace comprender que estos indios eran los muy conocidos bajo el nombre de *quiloazas* o *quilbazas*” (p. 62). También deja asentado que la laguna sería la Cayastá –no la Iberá, como había señalado De Angelis–. A continuación, en el mismo capítulo, Schmidl relata su encuentro con los indios macurendas. De Angelis (1970) advierte que “tampoco hay noticia de una nación de este nombre, y no es imposible [sic] atinar cuál sea” (p. 278). Lafone Quevedo define que debe tratarse de los indios mocoretá, debido a la distribución del terreno con los quiloazas, resolviendo el problema textual que nadie hasta entonces había disipado.

En el capítulo XVIII, en la edición de Barcia y De Angelis, Schmidl se topa con los *zemais salvaiscos*, y De Angelis (1970) aclara, en nota al pie, que “este nombre es ininteligible; a no ser que sea una corrupción de *Savanche*, pueblo fronterizo de los mepenes” (p. 279). Lafone Quevedo no comparte esta consideración y, a partir de la comparación de costumbres y rasgos físicos, resuelve que se trata de los chaná salvajes, y, contrastando la información que da González Fernández de Oviedo en su *Historia general y natural de las Indias* (1851) sobre los mocoretá, resuelve que posiblemente se trate de estos indios. Lafone Quevedo (1903)

sostiene que “las descripciones que de unos y otros indios hacen Oviedo y Schmídel concuerdan bastante bien, así que no hay dificultad alguna en identificar los mocoretá y chaná salvajes, de uno y otro autor” (p. 66). En este mismo capítulo, De Angelis (1970) dice que la laguna Jepido quizás sea la Tebicuary (p. 281). Lafone Quevedo (1903) lo corrige por Ipiti – Bermejo– y, en vez de seguir a De Angelis y decir que se habla sobre el territorio cercano al de los xarayes –como se mencionó arriba–, define que se refiere a la ciudad de Tucumán (p. 170). De esta manera, Lafone Quevedo, gracias a su mirada de etnógrafo, nos revela los nombres de los quiloazas y mocoretá, y su pericia en lingüística nos muestra que Schmidl se refería a Tucumán, y en ningún sentido a un territorio cercano a los indios xarayes.

Al finalizar el apartado XI de su prólogo, Lafone Quevedo (1903) resuelve que la información aportada por el soldado alemán es relevante, y afirma que “los datos etnológicos que nos suministra Schmídel son de verdadero valor científico” (p. 79). Finalmente, Lafone Quevedo resume cuál es el aporte etnográfico que pudo extraer de la obra de Schmidl:

“En su relación se destacan dos grandes razas, la guaraní y la que no lo es. Esta, que es la pampeana de d’Orbigny, se subdivide en dos ramas, una nomádica o guaycurú–patagónica, que sólo comía carne y pescado, y la otra semisedentaria, que sembraba y solía vivir a la par de la anterior en calidad de protegida o vasalla, como los chané con los mbayá. A la guaraní sólo la encuentra Schmídel en el Brasil, en las inmediaciones de Buenos Aires; en el Paraguay, a la vuelta de la Asunción; y en el territorio que conducía del Alto Paraná al Atlántico. Los demás indios se hallaban desparramados en todo lo que anduvo nuestro autor” (p. 79).

Sin embargo, a pesar de reconocerle valor científico, Lafone Quevedo acepta que el texto de Schmidl no es enteramente fidedigno, y afirma que “no se puede negar que Schmídel se enredó más de una vez al hacer la historia de su famoso viaje” (p. 89), y que en su relato hay omisiones y exageraciones. Asegura también que, en más de un caso, la información que aporta Schmidl no es falaz, sino, más bien, incompleta. Por ejemplo, al referirse al proceso que sentenció al ostracismo a Cabeza de Vaca, quien había sido designado como sucesor oficial de Pedro de Mendoza, Lafone Quevedo afirma que, si bien Schmidl no relata su condena de forma objetiva –pues lo cuenta “a su modo, y en todo demuestra que era poco afecto a Cabeza de Vaca” (p. 126)–, no debe descartarse el testimonio del soldado. Lafone Quevedo sostiene que “no se sabe cabalmente qué sucedió realmente con Cabeza de Vaca [...] pero en todos los casos habrá que tener en cuenta lo que dice nuestro viajero, quien nos ha dejado una descripción pintoresca y al parecer exacta de todo cuanto vio y experimentó” (p. 126). Sin embargo, Lafone Quevedo cree que, en todo caso, las lagunas del trabajo de Schmidl pueden enmendarse con la

comparación con otros textos coloniales: “según la Memoria de Pero Hernández y la carta de Villalta, podemos restaurar los verdaderos nombres y fechas, y vemos que, en lo general, lo que dicen estos escritores se ajusta bien a la relación de Schmidl” (p. 118). Por lo tanto, según Lafone Quevedo, gracias a la utilización del manuscrito de Múnich –mucho más preciso que las copias impresas del siglo XVI–, junto con el soporte de documentos coloniales disponibles en su época para remediar las fallas del texto, Schmidl quedaría exculpado de las críticas que se le realizaron a partir de la segunda mitad del siglo XIX.

## Conclusiones

A pesar de que Lafone Quevedo no pudo utilizar el manuscrito original de Schmidl, el cual subsana errores de números y repone fragmentos perdidos en manuscritos y ediciones subsiguientes<sup>9</sup>, sus descubrimientos en base a la copia de Múnich fueron decisivos para que Wernicke pudiera realizar su traducción. En el prólogo de su trabajo, Wernicke (1938), tras delatar los errores de las ediciones antiguas, reconoce que solo a partir de la traducción de Lafone Quevedo, prologada por Mitre, “podemos decir que nos encontramos ante un estudio serio del libro, si no tanto en su lingüística como a los aspectos historiográficos y etnológicos” (p. 23). En cuanto a los casos nombrados en el presente trabajo, Wernicke finalmente opta por seguir las resoluciones novedosas de Lafone Quevedo para los problemas textuales que acarrearán las antiguas ediciones. Es así como leemos en sus páginas que nombra, al igual que la traducción de 1903, a Tucumán (en vez de xarayes), los chaná timbú, mocoretá, guaraní, quiloazas, carcarás, Ipiti y Cayastá; y no a los zemais savaicos, macurendas, barenis, carcariso, galgaisi ni tampoco a la laguna Iberá o Tebicuary. Todas estas modificaciones, introducidas por primera vez por Lafone Quevedo, son aceptadas por Wernicke en su traducción. Por lo tanto, puede asegurarse que Wernicke, reconociendo el valor etnográfico que aporta la traducción de Lafone Quevedo, se valió de esta para reconocer nombres propios de difícil comprensión; siendo los presentados en este trabajo solo una muestra, y no una lista definitiva. A su vez, la aparición de la firma de Schmidl en el prólogo de Mitre le sirve a Wernicke para constatar la autenticidad del manuscrito de Stuttgart, debido a que puede verificar que la letra de ambos escritos resulta compatible.

---

<sup>9</sup> Wernicke (1938), entre otros argumentos que expone para determinar la autenticidad del manuscrito de Stuttgart, señala “la presencia de oraciones hasta ahora ignotas o truncas” (p. 14). Indica, por ejemplo, que solo en él aparece la ubicación de los indios Macasis y se completa la descripción de los yacarés del capítulo XXXV.

En conclusión, los saberes técnicos de Lafone Quevedo, a pesar de no utilizar el manuscrito original, sirvieron para refinar el texto, no solo por las características intrínsecas de su material de trabajo, sino también por el conocimiento etnográfico que poseía sobre los pueblos indígenas. Entonces, a pesar de haber realizado una traducción con un manuscrito que, para ese entonces, había sido desplazado por el original, la labor de Lafone Quevedo fue sumamente provechosa para la correcta comprensión del texto del soldado alemán en las ediciones siguientes. Su valor radica no tanto en las novedades a nivel lingüístico, sino en las deducciones que, como vimos arriba, Lafone Quevedo lleva a cabo para develar los nombres de lugares y pueblos originarios de forma contrastiva, a partir de documentos coloniales; como también gracias a la comparación del físico y las costumbres de las distintas etnias. De esa forma, Lafone Quevedo logra depurar el texto de errores de los antiguos copistas y editores. La edición de Wernicke es deudora entonces de estos reparos.

## **Bibliografía**

### *Fuentes*

- Schmidl, U. (1749). Historia y descubrimiento de el Río de la Plata y Paraguay. En A. González de Barcia (ed.), *Historiadores primitivos de las Indias occidentales*, III. [s. n.]
- (1903). *Viaje de Ulrich Schmidel al Río de la Plata* (S. Lafone Quevedo, trad.). Cabaut & Cía.
- (1938). *Derrotero y viaje a España y Las Indias* (E. Wernicke, trad.). Imprenta de la Universidad de Santa Fe.
- (1970) [1836]. *Viaje al Río de la Plata y Paraguay*. En P. De Angelis (ed.), *Colección de obras y documentos referidos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata*, VI. Plus Ultra.

### *Referencias*

- Carbia, R. (1940). *Historia crítica de la historiografía argentina*. Coni.
- Domínguez, M. (1900). Schmidl. Estudio crítico sobre la Historia y Descripción del Río de la Plata. *Revista del Instituto Paraguayo*, 27.

- El Jaber, L. (2013). “Lectores, autores y editores en el siglo XVI y XVII. El “fenómeno” Ulrico Schmidl. *Zama*, 5, 135-143.
- Farro, M. (2013). Las lenguas indígenas argentinas como objeto de colección. Notas acerca de los estudios lingüísticos de Samuel A. Lafone Quevedo a fines del siglo XIX. *Revista de Indias*, LXXIII (258), 525-552.
- Furlong, G. (1964). *Samuel A. Lafone Quevedo*. Ediciones Culturales Argentinas.
- Lafone Quevedo, S. (1903). Prólogo del traductor. En U. Schmidl, *Viaje de Ulrich Schmidel al Río de la Plata*. Cabaut & Cía.
- Langmantel, V. (1993). La vida de Ulrich Schmidel. En U. Schmidl, *Crónica del viaje a las regiones del Plata, Paraguay y Brasil*. De la veleta.
- Madero, E. (1892). *Historia del puerto de Buenos Aires*. Imprenta de La Nación.
- Mitre, B. (1891). Ulrich Schmidel: primer historiador del Río de la Plata. *Anales del Museo de La Plata*. Taller de Publicaciones del Museo.
- Mondschein, J. E. (1993a). Schmidel y su relato de viaje. En U. Schmidl, *Crónica del viaje a las regiones del Plata, Paraguay y Brasil*. De la veleta.
- (1993b). El viaje de Ulrich Schmidel a Sudamérica. En U. Schmidl, *Crónica del viaje a las regiones del Plata, Paraguay y Brasil*. De la veleta.
- Moreno, F. P. (1891). Prefacio. *Anales del Museo de La Plata*. Taller de Publicaciones del Museo.